

## OXII

«En este cofre se hallan encerrados  
Por tu padre guardados,  
Los documentos que acreditan fieles  
De tu madre el bautizo y el enlace.  
Cuanto al asunto hace  
Dicen con claridad esos papeles.»

## OXIII

Así habló Nuño, el venerable anciano,  
Y tendiendo la mano,  
Que aun el pequeño cofre contenía,  
Lo entregó á Doña Estrella, en cuya frente  
Asomó de repente  
La tempestad que en su cerebro ardía.

Continuará.

EDUARDO DEL VALLE.

## MAXIMILIANO.

Á MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME.

I  
Maximiliano de Hapsburgo  
Rige el Lombardo-Venetto,  
Porque Austria impone á la Italia  
Sus hombres en el gobierno.  
Es gallardo el archiduque,  
Joven y de gran talento,  
Avezado á las borrascas  
Del mar, que por mucho tiempo  
Cruzó en todas direcciones  
Visitando extraños pueblos.  
Tiene los ojos azules,  
Tan azules como el cielo,  
Y es tan rubio que semejan  
Rayos de sol sus cabellos.  
Fina y espesa la barba  
Se la parte por en medio  
Y le baja hasta los hombros  
Libre dejándole el pecho.  
Vástago de Carlos Quinto  
Y agnado á su trono excelso.  
Siempre lleva el toisón de oro  
Ornando el erguido cuello.  
Es con las damas galante  
Y dadivoso en extremo.  
Con sus iguales altivo  
Y con los súbditos tierno;  
Adora las bellas artes,  
Y como amigos discretos  
Le acompañan sabios libros,  
Cuadros de grandes maestros  
Y estatuas en que palpita  
El alma del gusto griego.  
Es valiente como pocos  
Y cumplido y caballero,  
Y juntos en su semblante  
Brillan conquistando afecto,  
La juventud, la nobleza  
Y la majestad y el genio.

## II

En una tarde de Mayo  
Tranquilos el mar y el cielo,  
Maximiliano va solo  
En sus jardines amenos,  
Cruzando por las callejas  
De castaños y de almendros.  
Lleva la cabeza baja  
Absorto en mil pensamientos,  
Y está su rostro tan pálido  
Que se le creyera enfermo.  
No ha reclinado á ninguno  
De los hombres del gobierno,  
Ni ha de sus íntimas cartas  
Los blancos sobres abierto.

Halla de pronto á su paso  
Sentado en el césped fresco,  
Sobre un banquillo de mimbres  
Junto al tronco de un aheto,  
A un hombre de blanca barba  
Y escaso y cano cabello,  
Vestido con traje humilde  
Pero limpio, alegre y nuevo.  
Sonríe Maximiliano  
Gustoso de tal encuentro.  
Y brillan sus claros ojos  
Con honda expresión de afecto.  
—Señor — le dice el anciano  
Con muy natural respeto —  
¿Vuestra Alteza viene triste?  
—Tienes razón; triste vengo.  
—Lo sé, que os conozco tanto  
Como el que más.

—Bien lo creo,  
No en vano mi augusta madre  
Te nombró mi camarero  
Siendo yo niño.

—Teniais  
Seis años ni más ni menos,  
Y desde entonces, por nada,  
Ni del mar en los riesgos  
Ni de la Corte en las fiestas,  
Ni estando en extraño suelo  
Os he dejado, ni es fácil  
Que os deje, señor; os quiero  
Hasta donde más alcanza  
Querer un honrado pecho.  
—Me ves muy triste....

—Os lo he dicho.  
—Pues ríe de lo que pienso.  
—¿Reír?

—Son cosas de risa.  
—Todo en vos es de respeto.  
—Óyeme y no me hagas caso.  
—Señor, siempre os obedezco....  
—Entre mil supersticiones  
Una ridícula tengo....

¿No ves en estos jardines,  
En el palacio, en el templo,  
En las salas de tertulia,  
En el salón del Consejo,  
En los anchos corredores,  
En todo, en fin, lo que tengo  
A mi alderredor, no encuentras  
Emes de mármol, de hierro,  
De alabastro, de madera,  
De granito?...

—Lo comprendo,  
Es cifra de vuestro nombre,  
Y cuanto mirais es vuestro,

Natural es que esté en todo.  
—Es natural, pero pienso  
Que tal letra es mi sentencia.  
—Hablad, señor, no comprendo.  
—Ni habrás de entenderme nunca.  
¡Es un fatalismo necio!  
Las emes me aterrorizan,  
Sábelo, me causan miedo,  
Y han de estar en todas partes  
Mi espíritu entristeciendo.  
¡Moriré entre muchas emes!  
—Perdón, señor, que no acierto  
En qué podais cuerdamente  
Fundaros....

—¡Presentimientos!  
Sábelo y ríe, porque risa  
Provocan y no respeto  
Las vanas supersticiones  
Cual ésta que te refiero....  
¡Moriré entre muchas emes!...  
Tú lo verás....

Bajó el viejo  
Los ojos y hondo suspiro  
Dejó escapar de su pecho,  
Y siguió Maximiliano  
Esa frase repitiendo  
Por las alegres callejas  
De castaños y de almendros.  
Lleva inclinada la frente,  
Pálido está como enfermo,  
Y están húmedos sus ojos  
Tan azules como el cielo.

## III

Pasáronse muchos años,  
Y una mañana de invierno  
Llegó en una barca inglesa  
Á Miramar un viajero.  
El mar estaba agitado,  
Estaba plomizo el cielo,  
Menudos copos de nieve  
Bajando en alas del viento  
Posábanse en las cornisas,  
En las torres, en los hierros,  
En las gallardas almenas  
Y en el rico pavimento  
Del legendario Castillo  
Tan triste desde hace tiempo.  
Pidió que le permitieran  
El visitarlo por dentro,  
Y acompañóle galante  
Un hombre afable y discreto,  
Blanca y poblada la barba,  
Escaso y cano el cabello.  
—¿Vivís aquí desde cuándo?  
Interrogóle el viajero.  
—Vivo aquí.... pero no vivo,  
Que yo, señor, soy un muerto;  
Me tienen aquí enterrado  
Entre lágrimas y duelo,  
Desde que por negra suerte  
Mi noble señor no ha vuelto.  
Su santa y augusta madre  
Me nombró su camarero  
Desde que cumplió en la vida  
Seis años, ni más ni menos.  
Le acompañé á todas partes,

México, Agosto de 1885.

JUAN DE D. PEZA.

LA ESFINGE.<sup>1</sup>

Á GASPAR F. CEBALLOS.

De empinada montaña en el sendero,  
Que en tortuosos repliegues sierpe finge,  
Como un dios implacable, rudo y fiero  
Está sentada la terrible Esfinge.

<sup>1</sup> La Academia Española considera *Esfinge* como masculino. El autor, siguiendo la tradición y atendiendo á la figura del monstruo fabuloso, considera como femenina esta voz.